

Una aventura de
Carlos II

HISTORIA POLÍTICA Y DIPLOMÁTICA

desde la independencia
de los Estados Unidos hasta nuestros días

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

que acaba de ponerse á la venta, es un compendio y fiel extracto los principales sucesos de la historia cubana con imparcialidad la historia de sus defectos y expone con minuciosidad lo referente á las relaciones exteriores, siendo, por tanto, de gran interés de un modo exacto el aspecto de la cuestión cubana.

4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPILACIÓN

DE LAS

LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

ordenadas para imprimir y publicar

[POR

EL REY CATÓLICO DEL REY CARLOS II

esta obra, corregida y aprobada por la Real Academia de la Lengua del Tribunal Supremo de Justicia, y por la Real Academia de la Regencia provisional del Rey.

4.º en folio, 50 pesetas.

FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Compendio de todos los tomos publicados por la Real Academia de la Lengua, de que se hallan la mayor parte.

4.º 38 tomos en 4.º.—Precio, 900

pesetas y tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camocchia

Un tomo en 8.º en cartóné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados hasta el día, y adicionado con un considerable número de voces que no se encuentran en ninguno de ellos á pesar de hallarse consignadas en el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRES

con un APÉNDICE que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 grabados, y aumentada con 60 minutos de almuerzos y comidas para todos gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5 pesetas.

UNA AVENTURA
DE CARLOS II,

COMEDIA EN UN ACTO

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

POR

Don Isidoro Gil y Baos



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
—
1841.

PERSONAS.

CARLOS II, *rey de Inglaterra.* †

HARRY, *arrendador.*

CATALINA, *su muger.*

RANDOLPH.

ROBINSON, *sherif.*

VILLIAMS, *criado.*

Acompañamiento del rey, aldeanos de ambos sexos. Soldados.

*La escena es en Inglaterra en el condado de Cornouailles.
Año de 1662.*

Esta comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de D. Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

El teatro representa una sala de la granja de Harry. A la izquierda y próximo al proscenio un armario; mas allá una puerta. A la derecha una ventana, mas allá una alacena. A la derecha del foro un retrato de Carlos II y una carabina colgada en la pared. Mesa y sillón á la izquierda del proscenio; enfrente otra mesa.

ESCENA PRIMERA.

ROBINSON. VILLIAMS.

(Villiams acaba de poner la mesa. Robinson abre la puerta del foro y asoma la cabeza.)

Robinson. Eh! Villiams...

Villiams. Calla!... es el señor Sherif... Qué buen viento os trae por aquí tan de mañana, señor Robinson?... Venis á almorzar con nosotros?

Robinson. A almorzar!... á almorzar!... no tienen otra palabra en la boca... cualquiera que los oiga creerá que la autoridad no tiene que hacer mas que devorar.

Villiams. Perdonad, señor Sherif, las malas lenguas dicen que os gusta mucho el...

Robinson. Silencio, majadero; y aprende á no murmurar del buen diente de un funcionario público, cuyo único afán es el de popularizarse y vivir en buena armonia con sus administrados. Dónde está Harry?...

Villiams. Aun no está levantado.

Robinson. Aun no está levantado!... Y un agricultor se atreve á dormir á pierna suelta á estas horas, ni mas ni menos que un caballero de la corte de nuestro augusto monarca Carlos II!

Williams. Es que... ya se ve, señor Robiunson; el que es tan rico como el patron y tiene ademas una muger jóven y bonita; no es fácil que se acostumbre á levantarse temprano.

Robinson. Por vida de... (*Aparte.*) Esto desbarata mis proyectos. Pensaba encontrarlos levantados y que me convidasen á almorzar al saber la gran noticia.

Williams. Quedad con Dios, señor Robinson. (*Saludándole.*) Voy á llevar un recado á casa del vecino Bertran. (*Vase.*)

Robinson. Oh! Bertran, el mas curioso de los habitantes del condado!... Pues señor, voy en dos saltos á su casa, le cuento el noticion, me convida á comer, como es natural, le deajo en seguida y me vuelvo por aqui al momento mas oportuno... á tiempo de almorzar. (*Acercándose á la mesa.*) Dos cubiertos! no mas que dos cubiertos!... qué egoismo!... No estaria mal pensado el ponerme yo el mio de antemano... escelente idea! (*Va al aparador.*) Aqui hay justamente todo lo necesario; cuchara, tenedor, servilleta... mi modo de pensar es que todo el mundo debe hacerse las cosas por sí. (*Oyese ruido dentro. Hablando con el cubierto.*) Aguárdame, aguárdame, vuelvo al instante.

ESCENA II.

CATALINA. HARRY.

(*Luego que acaba de marcharse Robinson, aparecen Catalina y Harry por la izquierda. Catalina traerá en la mano una carta abierta.*)

Catalina. (*Riendo.*) Ya ves que no hay quien resista á un amor como este!... Es capaz de alucinarme.

Harry. Habráse visto marrullero igual á ese viejo estrafalario de mayordomo... Pues no tiene el atrevimiento de escribir billetitos amorosos á mi muger? pues no quiere robármela...

Catalina. Ya ves!... como es mayordomo... la costumbre de tomar el bien ageno.

Harry. Pues el tal mayordomo debia saber mejor la doctrina, y no dar tanta estension al décimo... para la muger hay mandamiento aparte.

Catalina. No dirás que no me obsequian en tu país. Caballeros, propietarios, plebeyos, todo el mundo me hace la corte. Sabes que aunque no soy coqueta, no deja de ser todo eso lisonjero para mí.

Harry. Pero no es peligroso para tu marido que es lo esencial. Pobres mentecatos! escriben á la muger y es el marido el que abre las cartas! Oh! esposa singular y extraordinaria! quién te ha inspirado esa fidelidad de cal y canto! Es preciso confesar que soy un pícaro con fortuna. Trato de elegir esposa, me dirijo á la *Cité* de Lóndres, la escojo en el cuerpo de modistas, y vengo á dar con la virtud personificada... y con una virtud que me ama, que es mas...

Catalina. Eh?

Harry. Qué... no me amas?

Catalina. Si tal; así, así... pasaderamente... como marido.

Harry. Mas que como marido... pues si hicieses como otras que no se andan en niñerías para amar á sus maridos... como maridos...

Catalina. Oh! ya sabes lo que te he repetido tantas veces. (*Con gravedad.*) Si soy fiel á mi deber, es que conservo aqui en mi corazón, un recuerdo noble, grato que será siempre mi mejor protector.

Harry. Un recuerdo noble y grato... (*Imitándola.*) Y qué quieres decir con eso? Nada absolutamente, nada... palabrotas para meterme miedo, pero yo me atengo á los hechos; cuando el arrendador Harry se presentó en *John Street*, te hacian el amor una caterva de señoritos almirados de la corte, y sin embargo el arrendador Harry se llevó la palma y dejaste á Lóndres por la granja del del condado de Cornouialles.

Catalina. Es que el arrendador Harry tenia trazas de ser un hombre bonachon, y lleno de escelentes cualidades; porque es preciso hacerte justicia, las tienes.

Harry. Si tú lo sabes es inútil que yo te desmienta. (*Con modestia.*)

Catalina. No te encuentro mas que una falta.

*Harry.*Cuál?

Catalina. La de haber servido en los ejércitos del usurpador Cromwell. (*Con severidad.*)

Harry. Catalina mia, ya sabes que nuestras opiniones en política son muy diversas; yo no me mezclo en la tuya,

y la respeto. Haz tú lo mismo y no hables mal del viejo Noll.

Catalina. Cómo es posible no querer al mas hidalgo y al mas generoso de todos los hombres... á Carlos II, nuestro rey! Mira sino ese retrato que yo he colocado ahí á pesar tuyo, y al cual sueles echar tus ojeadas meneando la cabeza y frunciendo las cejas... Qué presencia tan noble y magestuosa!

Harry. Ay, ay, con mil diablos! Por fortuna que ahora está en Lóndres.

Catalina. Ya sabrás que ha de pasar de un dia á otro por este condado?

Harry. El rey Carlos?

Catalina. El sherif me lo contó ayer lo menos diez veces. Viene á tomar posesion de los dominios del último duque de Cornouailles que ha muerto sin herederos.

Harry. (*Acercándose á la ventana.*) Si, de ese hermoso parque que se descubre allá abajo, en la llanura. Miren qué lástima!... á quién irá á dar todo eso? Si las cosas hubieran ido de otro modo, tal vez á esta hora seria mio.

Catalina. Con que sois ambicioso, señor Harry?

Harry. Yo ambicioso!... qué disparate! nada de eso... sino que me haria mas gracia tener un castillo que una granja, lacayos con librea que mozos de labranza; me haria mas gracia tener título que llamarme Harry á secas... y no mas. Si á eso llamas ambicion, entonces....

Villiams. (*Que sale corriendo.*) Señor Harry! Mistris Catalina!

Harry. Qué hay? qué traes, hombre?

Villiams. Un señor vestido de negro y con espadin al lado pregunta por vos; es un oficial de palacio.

Harry y Catalina. Un oficial de palacio! (*Vase Villiams.*)

ESCENA III.

CATALINA. RANDOLPH. HARRY.

Randolph. Dónde está? dónde está?

Harry. Qué oigo?... ésta es la voz de Randolph, mi antiguo compañero! (*Se abrazan.*) Este si que es un amigo verdadero, añejo... trae fecha del rancho y del vivaque.

Randolph. Mi buen Harry!... sabes que hace tiempo que no nos veíamos!...

Harry. Desde la última campaña.

Randolph. Y qué te has hecho desde entonces?

Harry. Casarme con mi hermosa Catalina que tienes delante... y tú?

Randolph. Soy ugier de la cámara del rey Carlos II... Oh! no hagas gestos!... antes era puritano, ahora llevo el traje de corte; ayer gritaba, viva Cronwell!... hoy grito, viva el rey!... Amigo, este es el verdadero modo de saber vivir y sacar provecho de las revoluciones.

Harry. Pues vale entonces la pena de que uno se mate para hacerlas... Y no estás disgustado al servicio de un Estuardo?

Randolph. No por cierto; y hoy mucho menos pues me proporciona el gusto de abrazar á un antiguo amigo.

Harry. Qué te trae por aquí?

Randolph. Mi deber, que es el de formar parte de la servidumbre de S. M., y he llegado esta mañana con su gracia al castillo de Cornouailles.

Catalina. (*Aparte con emoción.*) Tan pronto!

Randolph. A no haber sido por esa circunstancia no me tendrías aquí á estas horas.

Harry. El rey en el castillo de Cornouailles?

Randolph. En persona.

Harry. Pues sino se le esperaba hasta dentro de algunos días!

Randolph. Sí, pero ha dado orden de adelantar el viaje... y aprovechándome de la confusión que reina en el castillo me he escapado un instante para venir á darte un abrazo.

Harry. Bien hecho, amigo; almorzarás con nosotros. Catalina, un cubierto mas.

Catalina. Es inútil que lo adviertas. Ven aquí... mira. (*Enseñándole el cubierto que puso Robinson.*)

Harry. Esperabas á alguien?

Catalina. Yo, nada de eso.

Harry. Ni yo tampoco... no importa, á la mesa (*Siéntanse.*) y celebremos en familia el amor de mi hermosa Catalina, y la amistad del buen Randolph. (*Empiezan á almorzar.*)

ESCENA IV.

DICHOS. ROBINSON. *Poco despues* WILLIAMS.

Robinson. (Saliendo desalentado.) Gran noticia! gran noticia!

Harry. Ah! sois vos, sherif.

Robinson. Gran noticia... *(Se detiene estupefacto al ver su asiento ocupado por Randolph.)*

Catalina. Vamos, qué es lo que hay señor Robinson?

Harry. Qué gran noticia es esa?

Robinson. (Tartamudeando.) Es que... que... el rey ha llegado.

Harry. Toma!... ya lo sabemos. Aquí teneis este amigo que ha tenido la bondad de decírnoslo y se ha quedado á almorzar con nosotros.

Robinson. Sí, sí; ya lo veo.

Harry. (Echando de beber á Randolph que come con buen apetito.) Ea, vamos, otro trago, compañero.

Randolph. Con mil amores.

Robinson. (Aparte.) Dios mio! Dios mio! como come... qué indecencia!... y yo pobre de mí le he puesto el cubierto!

Catalina. Pero no os sentais, señor Robinson?

Harry. Williams, un cubierto al sherif. *(Williams pone otro cubierto y vase.)*

Robinson. No, no, nada de eso, voy á marcharme corriendo... No os podeis figurar lo que tengo hoy que hacer. Voy á ponerme las insignias y á presentar á S. M. el cuerpo de notables.

Harry. Eh... tiempo os queda para pensar en el cuerpo de notables; pensad ahora en vuestro estómago. Almorzais sí ó no?

Robinson. Vamos, una vez que os empeñais... *(Se coloca al lado de Randolph.) (Aparte.)* El pícaro del amigo se ha comido las mejores tajadas.

Harry. Dónde estuvisteis ayer, sherif, que no os vimos por acá?

Robinson. Ayer... *(Atragantándose.)* aguardad... Ah! fui á la aldea inmediata á presidir la ejecucion del judio Isac.

Harry. Isaac el usurero!

Robinson. Pobrecillo! El mismo.

Harry. Y por qué le han ahorcado?

Robinson. Por monedero falso... Fuera de ese defectillo era el hombre mas de bien que pisaba la tierra... Me convidaba á comer todos los jueves y sábados, que ahora tengo libres á la disposicion de mis demas amigos.

Catalina. Y habeis tenido corazon para verle morir?

Robinson. Como que soy sherif... y es preciso que tenga corazon para ver tales cosas... Ademas que emprender el tal viage ahorcado ó de otro modo, siempre es lo mismo. ¿Qué os parece, vecino? (*Examinándole.*) Pero qué veo? qué es lo que teneis? (*A Harry que desde que ha empezado la conversacion está disgustado y ha cesado de comer.*)

Randolph. En efecto, te has puesto descolorido.

Robinson. Ni el mismo judio Isaac lo estaba tanto pocos minutos antes de que le ahorcaran.

Harry. Otra vez!... Quereis dejarme en paz con vuestros ahorcados, sherif?

Robinson. Qué! No os gusta que hablemos de ello?

Harry. Me encauta vuestra caudidéz... Como si pudiera uno oir á sangre fria esos horrores... Vamos, la idea sola de... me irrita... me sofoca... se me atraganta... y no puedo ya atravesar un bocado. (*Toma un bocado que traga con dificultad.*) Eh! aqui lo teneis.

Robinson. Es cosa estraña; yo qué hablo de ello trago con suma facilidad y á las mil maravillas.

Catalina á Harry. Lo que veo es que no te se borra nunca de la cabeza la prediccion de la gitana... y eso es lo que motiva tu descontento... Quién da crédito á tales gentes?

Randolph y Robinson. Uua gitana!

Catalina. Sí, que le ha predicho que ha de ser ahorcado... Habeis oido locura igual?

Robinson. Mistris tiene razon. (*Riendo.*) Esa supersticion es ridícula y pueril, señor Harry... Y creéis en eso, vos que sois un veterano... un valiente de profesion!

Harry. Valiente, sí, y me jacto de serlo... En la guerra jamas he vuelto la cara á uu mosquete... Preguntádselo sino á este, y él os responderá. (*Señalando á Randolph.*) Pero mirad, sherif... hay una gran diferencia entre una bala de plomo y una cuerda de cáñamo. Morir ahorcado es ridículo, estúpido, amigo sherif.

Robinson. Sois muy exagerado en vuestras opiniones. (*Con flema.*)

Harry. Venga otro trago, muger.

Catalina. Parece que hablando de la guerra te exaltas... La botella va á dar las boqueadas.

Harry. Echa, echa que tome ánimos; quién sabe lo que puede suceder? (*Un poco alegre.*)

(*Oyese dentro una trompa de caza que se aleja progresivamente.*)

Todos. (*Levantándose.*) Qué es esto?

Randolph. El rey que sin duda sale á caza. (*Villams sale y quita la mesa.*)

Robinson. Y yo que debia estar ya á la cabeza de los notables para ir á su encuentro!... Me marchó corriendo...

Agur, amigos, agur. (*Vase.*)

Catalina. Yo tambien voy al mismo tiempo... (*Hace que se va.*)

Harry. Dónde vas tú?

Catalina. A componerme un poco para ir á la colina que domina el bosque. Una partida de caza debe ser muy divertida... Monteros, caballos, grandes señores... Hasta la vista, señor Randolph... Hasta luego, mi buen Harry... Si no fuera por tus preocupaciones ya te hubiera echado los brazos al cuello.

Harry. Oh! ven, ven; contigo no tengo miedo. (*Catalina le abraza y vase corriendo.*)

ESCENA V.

HARRY. RANDOLPH.

Randolph. (*Siguiéndola con la vista.*) Amigo, es preciso confesar que posees una alhaja!

Harry. No es verdad?... es un diamante... un tesoro!

Randolph. Lástima da por cierto que esté encerrado ese tesoro en el fondo de este condado... En Lóndres, amigo mio, se llevaria tu muger todos los obsequios de los caballeros de la corte.

Harry. Gracias, amigo... me tienen á mí sin cuidado esos obsequios.

Randolph. Vaya, vaya, eso es chauza... los maridos cifrais

vuestra mayor gloria en los elogios que los demas hacen de vuestras mugeres.

Harry. Sí, pero yo desprecio la gloria.

Randolph. Con la galanteria de nuestros nobles señores y unos ojos como los de tu Catalina, bastaria para que tuvieses en tu casa la mejor reunion de Inglaterra. Hasta el mismo rey si llegase á verla...

Harry. El rey!... Vamos, calla, calla... tienes ganas de burlarte?

Randolph. Burlarme?... Ya veo que no conoces á nuestro buen rey Carlos II.

Harry. Con que es tambien aficionado, eh?

Randolph. Placeres, diversiones, aventuras amorosas forman la delicia de su vida... Por una muger bonita sería capaz de dar su palacio de White-Hall y todos los demas encima.

Harry. Hola! hola!... Sí, pero ya ves que la muger de un arrendador...

Randolph. Mejor que otra alguna... El rey ha empezado por lo alto de la escala, por lo encopetado, y despues ha ido bajando siempre... Cansado de saber como se ama por lo alto, quiere enterarse de como se ama por lo bajo.

Harry. Oiga! muy bien hecho; pero segun esa cuenta, nosotros tambien que estamos acá abajo debiamos dedicarnos á las señoras de elevada clase, para saber como se ama por lo alto.

Randolph. Si supieses que S. M. no ha tenido mas pasiones verdaderas que las que le han sido inspiradas por muchachas de poco mas ó menos... hijas de mercaderes, modistas... Por ejemplo, una á quien él ha querido mucho... escucha.

Harry. Ah! sí, sí; cuéntame eso.

Randolph. La vió en *John Street* en la *cité*.

Harry. *John Street!* La *cité!*

Randolph. Si... era una jovencita que trabajaba en un almacén de modas... Linda muchacha!... Diez y ocho años... ojos negros!... en fin, hechicera; al menos así me lo han asegurado; porque yo no la he visto. Se llamaba... Ah! calla, ya caigo... como tu muger, Catalina.

Harry. Catalina...

Randolph. Sí, Catalina Burnett.

Harry. (*Aparte con viveza.*) Ay, Dios mio de mi alma!

Randolph. Eh?

Harry. Nada... nada... prosigue... Si supieras como me interesa ese cuento...

Randolph. Es que no es cuento, te lo juro bajo palabra.

Harry. Ya! se supone. (*Aparte.*) Tengo calosfrios!

Randolph. Pues como decia... El rey habia puesto los ojos en la tierna palomita en una de sus salidas misteriosas, y se propuso hacerla caer en sus redes.

Harry. Pero eso es una picardia, una infamia, una atrocidad!... Y la jovencita se dejó engañar, fue seducida?... Oh! si las mugeres... las mugeres!

Randolph. Al contrario, se resistió como una heroína.

Harry. (*Entusiasmado.*) Qué dices? de veras? resistió á la seducción? permaneció fiel á su deber? asi me gusta... por fin hay una buena, gracias á Dios.

Randolph. Pero hombre cómo te exaltas! qué arrebatos! sabes que tomas un gran interés en las narraciones?

Harry. Oh! si tú no sabes el efecto que en mí produce ver la moral respetada, la virtud triunfante!... Amigo mio, tú no sabes lo que vale eso! Vamos, si la virtud... la virtud es una cosa soberbia!... Pero, dime: estás seguro de lo que acabas de decirme, y de que no hubo...

Randolph. El mismo rey Carlos se lo ha contado así á sus compañeros de placer, y el rey no miente nunca.

(*El rey aparece al foro, oye estas palabras y se detiene.*)

Harry. El rey! un Estuardo!

Randolph. (*Alto y con energia.*) Oh! en cuanto á eso puedes estar seguro. El rey es un caballero franco, leal; y su palabra es sagrada.

ESCENA VI.

DICHOS. EL REY. UN CABALLERO.

Carlos. (*Desde la puerta.*) Sí, á no dudarle, la palabra del rey es sagrada... Aun cuando hubiera prometido su corona, no vacilaria en darla. (*Baja al proscenio y se acerca á Randolph.*) Empero se reservaria el derecho de rescatarla despues con las armas... Chito!... guardaos de decir quien soy... no quiero que me conozcan.

Harry. (*A Randolph.*) Quiénes son estos señores?

Randolph. (*Algo cortado.*) Dos caballeros de la servidumbre de S. M.

Carlos. Sois vos el arrendador Harry? (*Harry saluda y hace una señal afirmativa.*) Nos hemos extraviado en la espesura de esa maldita selva, y la casualidad nos ha traído hasta vuestra puerta, muertos de sed y de cansancio... Un buen ingles jamas ha negado la hospitalidad y un vaso de *porter*.

Harry. Sentarse pues, caballeros, voy corriendo á traerlos que beber.

ESCENA VII.

DICHOS. CATALINA. *Dirijiéndose á Harry.*

Catalina. Eh! ya me tienes compuesta. Qué tal te parezco?

Carlos. (*Aparte.*) Catalina! (*Encontrándose con ella cara á cara.*)

Catalina. (*Idem.*) Cielos! qué es lo que veo? El rey!

Carlos. (*De pronto.*) Silencio! (*A Harry, que ha echado de ver el movimiento y se queda atónito.*) Eh.... amigo, y el *porter*?

Harry. El por!... el *porter*!... Allá voy, caballero, allá voy. (*Consigo mismo.*) Es singular!... tienen todos un aire... Este noble, á quien juraria haber visto en otra parte... Ay, Harry de mi alma! aqui es cuando un hombre necesita volverse todo ojos, oídos é inteligencia. (*Vase despues de echarlos varias miradas recelosas.*)

ESCENA VIII.

RANDOLPH. CATALINA. CARLOS. EL CABALLERO.

Carlos. (*De pronto á Randolph.*) Corred al punto que he designado para la reunion de los monteros: decid que nadie se inquiete por mi ausencia; dentro de algunas horas estaré de vuelta.

Catalina. Qué oigo? Picusa V. M. permanecer aqui?

Carlos. Oh! nada temais. (*A Randolph.*) Vamos pronto, andad.

Randolph. Ya obedezco, señor. (*Aparte.*) Qué situacion!

amigo íntimo del marido y uger de la cámara del rey!
(*Vase.*)

Carlos. (*Acercándose á Catalina.*) Con que os encuentro aquí tan inesperadamente, hermosa Catalina... Ah! no sabeis cuan vivo ha sido el pesar que me causó vuestra desaparicion repentina... Os creia perdida para siempre... Cuán feliz soy en este instante, querida Catalina!

Catalina. Señor, la que nombrais asi, la que sintiéndose tal vez demasiado debil para resistir á vuestro amor, tuvo la energía suficiente para sustraerse de él, no existe ya... la muger que teneis delante de vos no es ni quiere ser mas que la esposa del arrendador Harry.

Carlos. Su esposa!

Catalina. (*Esforzándose por recobrar su tono jovial.*) Sí, por cierto... Y su muger legítima! Ah! pardiez! aldeana es menos que querida de un rey; pero es mas seguro, y á ello me atengo.

Carlos. Con que segun eso, hermosa ingrata, me habeis olvidado enteramente? (*Con dulzura y en tono de queja.*)

Catalina. Oh! no... Todos los dias rogaba á Dios por la salud y prosperidad del rey de Inglaterra!

Carlos. Y por la del príncipe Carlos?

Catalina. (*Cortada.*) No se puede hacer todo á la vez.

Carlos. (*Queriendo cogerla una mano.*) Mas linda que nunca!

Catalina. (*Retirándola bruscamente.*) Mi marido!

Carlos. Sacrificada á un rústico semejante... Oh! por mi nombre que me las ha de pagar. (*Aparte y con despecho.*)

ESCENA IX.

CATALINA. HARRY *en el foro.* CARLOS Y EL CABALLERO *sentados á la mesa.*

Harry. (*Viene corriendo y se detiene.*) Juntos!... estaban juntos!

Catalina. Cuidado! ten cuidado, torpe... no ves que vas á verter el porter? (*Harry sale con una botella en una mano y un jarro de cerveza en la otra.*)

Harry. Ah! sí... el porter!! (*Acercándose á la mesa y dejando en ella la botella y el jarro.*) Ea, caballeros... aqui teneis con que apagar la sed; es de lo bueno.

Carlos. (Sentándose.) Por vida mia, amigo, que aunque sea muy excelente vuestra cerveza, no es lo mejor que hay en casa... Desde aquí estoy viendo dos hermosos ojos negros, que á pesar de que nos esquivan sus rayos, no nos parecen por eso menos abrasadores.

Harry. (De pronto y encaminándose á Catalina) Oh! lo que es esto es cosa sagrada... es mi muger!

Carlos. Pues á la salud de los dos... á la suya sobre todo.

Harry. Gracias; buen provecho, señores. (*Aparte.*) Ojalá te atragantes... Es que cuanto mas examino su cara mas me parece que... Ah! (*Al mismo tiempo dirige una mirada casual al retrato del rey; retrocede algunos pasos y suelta una exclamacion.*)

Catalina. (Que lo ha reparado.) Todo se ha descubierto!

Carlos. (Mira á Harry que examina el retrato y adivina.) Mi retrato!... Catalina no me habia olvidado... (*Alto á Harry.*) Adivino vuestra sorpresa, arrendador. (*Al caballero que le acompaña.*) Milord, ahí teneis otro hombre que sin duda me toma por el rey. (*Levantándose.*) Vamos, á no dudarlo, soy el hombre que mas se parece á Carlos II en Inglaterra. Pero se hace tarde y es preciso volver al castillo. (*A Harry.*) Os encontrais de humor de servirnos de guia?

Harry. (Sin atender.) No es el rey, y sin embargo...

Carlos. (Dándole en el hombro.) Eh! amigo, no lo habeis oido?

Harry. Sí tal, sí tal, caballero; pero ya se vé... (*Aparte.*) Dejar sola á mi muger... para que entretanto el otro por casualidad... el verdadero venga y... Vamos, es cosa de nunca acabar.

ESCENA X.

DICHOS. ROBINSON.

Robinson. (Corriendo.) Harry! amigo Harry!

Harry. Robinson. (*Aparte.*) El cielo me le envia!

Robinson. Ay! amigos... que catástrofe... el rey... el rey se ha perdido en la selva y no se le encuentra por ningun lado.

Todos. El rey!

Carlos. (Aparte.) Maldito hablador!

Harry. (Idem.) No hay duda... él es... Oh! ya no me meneo de su lado. *(Alto.)* Cuando gustéis, señores.

Carlos. (Encaminándose á la puerta.) Sí, partamos.

Robinson. Me voy con vuestras mercedes.

Harry. No, no, descansad un rato, sherif; venís sofocado... estais sudando como un pollo. *(Llevándole aparte y obligándole á sentarse.)* Quedaos... tengo que hablaros.

Carlos. (Acercándose á Catalina.) Adios; hermosa aldeana. *(Bajo y con viveza.)* No salgais de la granja. *(Catalina hace un movimiento y va á responder; una mirada de su marido la detiene y la corta. Desde el umbral de la puerta y dirigiéndose á Harry, que está indeciso.)* Ea, vamos?

Harry. Id andando, señores, ya os sigo... Voy á coger mi capa, porque creo que tendremos tormenta.

ESCENA XI.

CATALINA. HARRY. ROBINSON.

Harry. (A su muger.) Mi capá... y mi sombrero... ahí en ese cuarto... anda corriendo.

Catalina. (Aparte.) Ay, Dios mio! cómo acabará todo esto? *(Entra en el cuarto.)*

Harry. (Corriendo á Robinson y muy deprisa.) Sherif, sois mi amigo?

Robinson. Hasta la muerte.

Harry. Quereis venir á comer á mi casa los jueves y sábados que el ahorcado os ha dejado libres?

Robinson. Sí, por cierto.

Harry. Pues es preciso que me deis una prueba de vuestra amistad.

Robinson. Hablad, hombre estimable.

Harry. No habeis de apartaros de esta casa durante mi ausencia, y habeis de vigilar á Catalina sin que ella lo observe.

Robinson. Diablo! difícilillo es.

Harry. Nada de eso... ahí, en ese armario...

Robinson. En el armario!... La autoridad en un armario!

Harry. (Empujándole.) Mi muger viene... entrad pronto... despues me direis lo que ha pasado.

Robinson. Pero...

Harry. Vamos , por Dios , sherif. (*Le mete á empujones y entorna el armario.*)

ESCENA XII.

ROBINSON *en el armario.* CATALINA. HARRI.

Harry. Felices , señor Robinson... hasta la vista. (*Desde la puerta del foro y fingiendo que habla con Robinson. Catalina sale con el sombrero y la capa de Harry.*)

Catalina. Calla! se ha marchado!

Harry. Sí... pero trae , que estoy de prisa... despacha. (*Se pone la capa que ella le da.*)

Catalina. Volverás pronto, no es verdad?

Harry. No temas : en dos brincos me pongo aquí. (*Echando una mirada hácia el armario.*) Centinela por dentro y por fuera... Voto á bríos! Bien listo ha de andar para pegármela.

Carlos. (*Apareciendo de nuevo en el dintel.*) Pero venís, ó no?

Harry. Corriendo. (*A Catalina.*) Adios, pimpollo mio , basta la vista.

Carlos. (*A Catalina al marcharse.*) Esperanza y ventura. (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

ROBINSON *en el armario.* CATALINA.

Catalina. Por fin se fueron : ahora puedo enfadarme cuanto quiera... "No salgais de la granja." Habráse visto un modo de mandar igual! No, pues yo no quiero volver á verle... Y si logra engañar á Harry y viene otra vez?... estos hombres son tan testarudos!... Oh! por sí ó por no lo primero que voy á hacer es á marcharme de aquí... Sí... sí, lo mejor es cerrar esta puerta con cerrojo y darle pasaporte por la cerradura si vuelve... Vamos. (*Va á cerrar la puerta: al mismo tiempo aparece Carlos en la ventana.*)

ESCENA XIV.

DICHOS. CARLOS.

Carlos en la ventana. Está sola, y el marido en el camino real... Ya sabia yo que no daría cincuenta pasos sin que consiguiera desembarazarme de él.

Catalina. Eh! ya está... (*Volviendo al proscenio despues de haber cerrado la puerta.*) Que venga ahora.

Carlos. (*Saltando por la ventana y presentándose.*) Aquí estoy.

Catalina. (*Dando un grito y retrocediendo.*) Cielos!... Señor... uno de los dos está aquí de mas, y por lo mismo me retiro. (*Catalina corre á la puerta, la abre y dice con dignidad.*)

Carlos. (*Yendo á ella.*) Oh! deteneos, deteneos por piedad.

Catalina. Si vuestra magestad lo manda obedeceré; pero...

Carlos. Yo mandaros, Catalina! á vos! á la que jamas he dirigido sino ruegos y súplicas... Oh! cuan desgraciado soy, pues no os resta de mi amor mas que un recuerdo que os molesta y sobresalta! Qué se han hecho tantas dulces palabras de amor, tantos bellos proyectos de felicidad y ventura, que yo creia quedarian grabados para siempre en vuestro corazón, como han quedado grabados en el mio?... Habeis olvidado ya nuestras citas misteriosas, aquellas horas tan felices que pasaban rápidamente en medio de gratas ilusiones, y que fueron testigos de una obstinada lucha entre mi ternura y vuestra esquivez? entre mis súplicas y vuestra resistencia?... Quién de los dos ha faltado á sus promesas? quién ha violado su juramento?... Callais!... Cómo debo interpretar ese silencio?...

Catalina. (*De pronto.*) Contra vos, señor...

Carlos. Contra mí que te adoraba? que he permanecido fiel á la fé jurada? Contra mí que no descaba más que tu felicidad!

Catalina. Nacisteis destinado para labrar la felicidad de un gran pueblo, señor, y no hubiérais podido labrar únicamente la de una pobre aldeana.

Carlos. Ah! tu suerte hubiera sido la mas dichosa de la tierra!

Catalina. Pero hubiera perdido para siempre mi inocencia,

mi tranquilidad... Oh! señor, no hablemos mas de un tiempo que huyó para siempre de nosotros, y al cual no podemos volver ya: tened compasion de mí, y no prolongueis por mas tiempo esta entrevista, que pudiera serme fatal si alguno tuviese noticia de ella... Advertid que si vienen... si nos sorprenden juntos...

Carlos. Y quién seria el temerario? Desgraciado del que tuviese la audacia de escuchar lo que yo digo.

Robinson. (Que habia entreabierto el armario para escuchar.) Pobre de mí! y yo estoy aqui metido!

Carlos. Su insolencia le costaria la vida. (*Robinson abre con tiento el armario y se escurre de puntillas, trémulo y descolorido.*)

Robinson. No juzgo prudente oír mas. (*Vase.*)

ESCENA XV.

CATALINA. CARLOS.

Catalina. Oh! os lo suplico; señor, alejaos... Mi marido puede volver de un momento á otro, y seria perderme... Ah! si supiéseis cual seria nuestra afliccion!

Carlos. (*Sonriéndose.*) Nada temas... ya sabes que hasta aqui he usado de la mayor prudencia... Si tu marido volviese me valdria de cualquier stratagemma: me esconderia si fuese preciso como en otro tiempo; porque ahora como entonces no soy el rey... soy tu Carlos, tu amante... A tu lado no quiero pensar en dignidades, honores, poderío... solo quiero pensar en tu amor, nada mas que en tu amor... él es para mí el cielo en la tierra, Catalina; sin él no deseo felicidad en el mundo: con él, todo... Ah! cruel... por qué has huido de mí? por qué me has abandonado? Nos amabamos tanto en Londres!...

Catalina. (*Conmovida y apartándose de él.*) Porque os tenia miedo... mucho miedo... como en el dia... como en este momento... Señor, por piedad... no me hableis así, y alejaos de esta casa.

Carlos. Y por qué? (*Con pasion y cogiéndola la mano.*) Catalina, mi bien, mi vida; vuélveme, vuélveme tu amor. (*Oyese dentro gritar á Williams: Aquí está... señor Harry.*)

Catalina. (*Retirando la mano.*) Mi marido.

Carlos. Saltaré por la ventana.

Catalina. No. (*Aturdida.*) Deteneos, os veria.

Carlos. En ese cuarto.

Catalina. Va á entrar en él.

Carlos. Ah! (*Reparando en el armario.*) Este armario... á él me acojo.

Catalina. Cómo?

Carlos. Ya estoy. (*Entrando.*) Oh! providencia! en que poco hueco coge una magestad! (*Métese en el armario y cierra la puerta. Catalina se sienta en una silla poltrona, coge una labor de encima de la mesa y finge trabajar.*)

ESCENA XVI.

CATALINA. HARRY.

Harry. (*Aparte.*) Nadie!

Catalina. Ah! eres tú, querido.

Harry. Sí, hermosa mia. (*Aparte.*) Pues no está aqui el perillan... (*Alto.*) Dios mio! qué tienes? estás pálida!

Catalina. Yo nada... estaba aqui... trabajando... estoy cansada... me ha dado un mareo... pero y tú, que traes la cara hecha un fuego!

Harry. Nada; el solazo que he cogido en el camino.

Catalina. (*Levantándose.*) Ah! apropósito... y esos señores á quienes servias de guia?

Harry. Uno de ellos llevaba una prisa que... ya... ya... Apenas se vió en buen camino nos tomó la delantera y búscatele... ya debe hacer media hora que está en el castillo.

Catalina. (*Aparte.*) No ha sospechado nada.

Harry. Lo que es al otro le enseñé el camino por donde podia llegar mas pronto, y en cuanto le puse en sitio en que no podia equivocarse, me separé de él. (*Se sienta en la polltrona.*)

Catalina. (*Aparte.*) Cielos. (*Alto.*) Vas á quedarte aqui?

Harry. Vaya una pregunta... pues dónde me he de quedar? No, no; por mí no te incomodes: vé á hacer lo que tengas que hacer, yo voy á fumar una pipa. (*Echando una mirada al armario y aparte.*) En cuanto se vaya sabré por Robinson que está ahí metido...

- Catalina.** (*Aparte.*) Cómo haria para que se marchase?
 (*Alto.*) Dime, Harry.
- Harry.** Qué, hija mia?
- Catalina.** No vas á casa de Bertrau á ver si dejas saldada aquella cuenta?
- Harry.** (*Aprovechando la ocasion.*) Oyes... tienes razon, ya no me acordaba... (*Sacando un papel del bolsillo.*) Justamente llevo aqui estendido el recibo... solo falta que le firme. Mira... si tú fueras una buena muchacha, irias por mí.
- Catalina.** Qué dices?
- Harry.** (*Repantigándose en la poltrona.*) Si supieras cómo me he cansado con la tal caminata... Y es el caso que le habia prometido al vecino zanjar hoy ese asunto.
- Catalina.** Pero...
- Harry.** Vamos, haz ese favor á tu pobrecito marido, que no puede con su alma.
- Catalina.** Pero hombre, si... (*Aparte.*) Ay, Dios mio! Cómo voy á dejar al otro ahí dentro?... Se estará ahogando... Pero si me niego, este otro va á sospechar algo...
- Harry.** (*Con alguna intencion.*) Vamos, muger, por qué dudas?
- Catalina.** No, si no dudo... Voy á complacerte, querido, pero no te muevas de ahí... estás muy acalorado. (*Cogiendo la pipa que estará sobre la mesa.*) Toma, aqui tienes la pipa... fuma, hijo mio, fuma; pero estate quietecito... puedes coger un aire: yo vuelvo volando. (*Aparte.*) Oh! sí, volando... Dios mio! qué terribles son estas cosas para la que no está acostumbrada. (*Vase corriendo.*)

ESCENA XVII.

HARRY. CARLOS.

- Harry.** (*Despues de ver salir á su muger, va corriendo al armario.*) Eh! ahora... preguntemos á Robinson... (*Intenta abrir; la puerta resiste.*) Soy yo, sherif... abrid. (*Idem.*) Abrid, vecino, soy yo. (*Abrese la puerta. Harry al ver al rey da un grito de sorpresa, y retrocede.*)

- Carlos (Aparte.)* Vive Dios! Es tener desgracia!
- Harry. (Aparte furioso.)* Oh! el bribon del sherif...
- Carlos. (Idem.)* Pues señor, estamos buenos.
- Harry. (Calmándose.)* Hola! con que aqui estábais vos, galan caballero? Me habeis dejado plantado en el camino para tomar por el atajo y venir...
- Carlos. (Con tono burlon.)* A este armario... donde no estaba muy á gusto.
- Harry.* Hola! con que vos, señor cortesano, venis aqui, al condado de Cornouailles á tratarnos ni mas ni menos que á los cándidos maridos de Londres? Sea en buen hora... Habeis caido en el garlito, amigo. *(Cierra la puerta con dos vueltas de llave, y se mete esta en el bolsillo; en seguida corre á la mesa, y se echa al cuerpo dos ó tres copas de aguardiente.)* Vamos á ajustar cuentas.
- Carlos.* Con mil amores, camarada... Pero antes de ajustarlas, quiero haceros una aclaracion. Vuestra muger no es culpable... os lo juro delante de Dios y bajo palabra de caballero... Respetadla.
- Harry.* No tengais cuidado... la conozco mejor que vos, y á pesar de este lance no dejaré de amarla y estimarla... como merece. Ahora, en cuanto á vos, es diferente... Vos habeis venido aqui á seducirla, y no os habeis de quedar sin recompensa... Venga acá mi buena carabina.
- Carlos. (Aparte.)* Diablo! Esto se va poniendo un poco sério. *(Harry corre entretanto á la pared, y descuelga la carabina.)*
- Harry.* Aqui dentro tengo dos balas que estaban destinadas para los jabalíes, y que se despacharán por cuenta de un gran señor.
- Carlos.* Piensas asustarme?
- Harry.* Mejor que eso... pienso vengarme, y satisfacer en vos el odio que profeso á los cortesanos de Carlos como buen soldado de Cromwell.
- Carlos. (Echando mano á la espada.)* Miserable!
- Harry.* Con tiento... las manos quietas, ó sois muerto.
- Carlos. (Con arrogancia, y mirándole cara á cara.)* Mira bien, y no creas que me inmuto.
- Harry. (Idem.)* Pues y yo!
- Carlos. (Aparte.)* El pícaro es atrevido!
- Harry.* Si hubiéseis devastado mi campo, muerto mis vacas ó incendiado mi casa, seria indispensable una repara-

ción... la ley está terminante. Pero habeis venido á robarme el honor, y si voy á quejarme á los jueces, se me reirán en las barbas los mal criados!... y hallarán el lance muy chistoso! Preciso será por consiguiente que yo sea parte y juez en mi causa... que me haga justicia por mis propias manos... Dios reciba vuestra alma. (*Apunta con la carabina al rey.*)

Carlos. Ya es harta demasia!... Una sola palabra bastará para hacerte cambiar de tono... y pues es preciso, la diré.
—Soy el rey!

Harry. (*Dando una carcajada.*) Vos! el rey! Já! já! já! Y venis á decirme eso á mí, cuando os burlásteis hace poco porque os encontré parecido á ese retrato... A otro perro con ese hueso, señor milord, que tanto confiais en vuestra semejanza con Carlos II.. Yo no profeso gran aficion á los Estuardos, verdad es; pero hago á Carlos II la justicia que se merece... es un hombre franco, leal, caballeroso... Vos mismo lo habeis confesado delante de mi amigo Randolph, y ahora os atreveis... No, el rey no se hubiera desdicho... no, vos no sois el rey.

Carlos. Y si te doy una prueba de ello?

Harry. Cuándo?

Carlos. Antes de una hora.

Harry. Y cómo?

Carlos. Maudándote ahorcar.

Harry. Ah! si no teneis otra... buenas noches... os despacho.
(*Apunta otra vez á Carlos; este da dos pasos adelante, hasta dar con el cañon de la carabina.*)

Carlos. Quisiera que alguno pudiese apreciar cuál de nuestros dos corazones late en este momento con mas violencia...

Harry. (*Despues de una pausa.*) Poco á poco... Vamos con tiento... Quiero suponer por un momento que es verdad lo que decís, y que sois el rey... lo cual es falso.

Carlos. Qué harías en ese caso?

Harry. Lo que ahora hago... Retiraria el cañon de mi carabina, y apoyándome en ella, os miraria cara á cara... muy cara á cara, como ahora hago tambien, y os diria: «señor, cuéntase que un duque y par de Inglaterra os sorprendió cierto dia en la estancia de su muger, y que para terminar el asunto, le hablásteis de este modo... Par

de Inglaterra, acércate... quieres mas titulos y dignidades... elige y calla.»—Pues bien, yo me acomodo con que me hagais á mí la misma proposicion. (*Movimiento de Carlos.*) Oh! verdad es que la aventura de hoy no ha sido tan divertida para vos como la de antaño!... mi muger se ha resistido... por costumbre... la otra fue débil... quizás tambien por costumbre... pero estos son accesorios que no varian en nada el fondo de la aventura... Mi honra vale tanto como la de un par de Inglaterra, y mi muger vale lo propio... sino vale mas. Con que, si sois el rey, daos prisa á decirme: «Acércate, y pídemelo que que quieras.» Yo me contentaré con responderos: «Señor, acepto y quiero ser noble y duque.»

Carlos. Qué dices?

Harry. Digo que vais á complacerme.

Carlos. Luego eres ambicioso?

Harry. Lo que yo soy es dueño de vuestra vida. Hacedme duque una vez que sois el rey... (*Señalando á la mesa.*) Ahí teneis todo lo necesario... escribid... nombradme duque de Cornouailles, dueño del castillo y demás dominios de que habeis venido á tomar posesion... ó apelo á mi carabina.

Carlos. (*Aparte.*) Pues señor, me veo obligado á capitular, ni mas ni menos que Luis onceno en Perona. (*A Harry.*) Cáspita! Camarada, sabes que eres exigente?... El par de Inglaterra de quien hablaste, no llegó á pedir tanto.

Harry. Eso consistiria en que se estimaba en menos que yo.

Carlos. (*Despues de haber reflexionado un momento.*) Si... eso será... eso mismo... (*Escribe, y le entrega un papel.*) Toma... puedes hacer el uso que quieras de ese papel. (*Harry lee rápidamente el papel; en seguida corre á la puerta, la abre, y se inclina con respeto delante de Carlos.*)

Harry. Y vos de vuestra libertad, señor. (*Deteniéndole al salir.*) Tened presente que os he tratado en la suposicion de que érais el rey... por consideracion hácia su magestad... pero temblad.

Carlos. (*Riendo.*) Otra vez.

Harry. Dentro de poco estará en poder de Carlos II este papel, en el cual habeis tenido la avilantez de comprometer su augusto nombre... Yo en persona iré á pedirle justicia de tamaño atentado, y la obtendré... porque re-

pito que Carlos II de Inglaterra es hombre de honor... Dios os guarde, milord.

Carlos. (Con intención.) Hasta la vista, señor duque de Cornouailles... Ya nos volveremos á ver. (Vase.)

ESCENA XVIII.

HARRY, solo.

Pues señor, alcancé lo que queria. (*Muy alegre, y paseándose de un lado á otro.*) Anda, anda, Carlos Estuardo, rey verdadero... Tengo tu firma, tu nombre, tu promesa, y seré duque!... No temo tu venganza!... Corre á decir á la Inglaterra entera que te he sorprendido en mi casa, en un armario... hazme comparecer ante un tribunal... «Yo culpable, señores?... qué es lo que he hecho?... Indignado al ver la insolencia de ese hombre, que se escudaba con el nombre augusto de nuestro soberano, le obligué á firmar.» — «Para qué?» — «Para tener una prueba del ultraje hecho á S. M.» — «Pero pícaro, (responde la justicia) si era el mismo rey?» — «Y cómo lo habia yo de adivinar? él dijo de autemano lo contrario.» — Y por lo tanto saldré absuelto, y aun me tendrán que estar muy agradecidos... Pero en el ínterin, carta canta... aqui está su firma... y si es tan caballero en cumplir su palabra, como dicen, el castillo será mio!... Qué gusto! (*Contento.*) Sin haberme costado nada... y sin que mi muger lo haya pagado por mí!

ESCENA XIX.

HARRY. CATALINA.

Harry. Ah! eres tú... Acércate, acércate, y escucha.

Catalina. (*Mirando al armario.*) Cielos! abierto!

Harry. Eh! si ya se fué!

Catalina. Qué! le has visto... sabias... Oh! te juro... (*Queriendo arrojarse á sus pies.*)

Harry. En pie, en pie, duquesa de Cornouailles.

Catalina. Ay Dios mio! mi pobre marido se ha vuelto loco!... Has perdido la cabeza?

Harry. No tal... de buena se ha escapado!... pero los dos estamos vengados de él... y te aseguro que de un modito mas que mediano...

Catalina. Qué ruido es ese? (*Corre á la puerta.*) Todos los vecinos!... el sherif... soldados!...

Harry. Calle! Si vendrán á darme la enhorabuena?... á rendirme pleitesía y homenaje?... Ay! ahora sí que creo que voy á volverme loco!

ESCENA XX.

DICHOS. ROBINSON. SOLDADOS. ALDEANOS DE AMBOS SEXOS.

(*Los aldeanos salen en tropel, y con señales de curiosidad y tristeza. El sherif viene seguido de soldados, que se forman en medio de la escena.*)

Un aldeano. Qué desgracia!... Pobre Harry!

Una aldeana. Mas lástima me dá á mí su muger!

Otro aldeano 2.^o Quién lo habia de decir!

Harry. (*Sobresaltado.*) Pero qué es eso?... A qué vienen todas esas exclamaciones!

Robinson. Ah!!! pobre amigo mio!! (*Vuelve la cabeza, y le presenta un pergamino.*)

Harry. (*Leyendo con voz temblona.*) «Hoy 15 de abril de 1662. El tribunal supremo, establecido por la ley marcial, compuesto de los primeros dignatarios y oficiales de la corona, declara reo confeso y convicto del crimen de lesa magestad al arrendador Harry, y le condena á ser...

Todos. (*Con inquietud.*) Acabad.

Robinson. (*Tomando el pergamino, y continuando.*) A ser ahorcado!

Catalina. Ahorcado! Harry! mi marido! (*Corriendo á él.*)

Robinson. «A ser ahorcado públicamente en la colina situada frente de Cornouailles. El reo será conducido al cadalso con los ojos vendados, y adornado con las mas ricas vestiduras que se encuentren en el guarda-ropa del difunto duque...

Harry. (*Aparte.*) Oh!... La gitana! la gitana!

Robinson. (*Continuando.*) «Para que logre morir como que-

ria vivir...» El manto ducal está pronto, y vamos á proceder por esta primera formalidad... (*A dos criados suyos que traen el manto &c.*) Qué haceis ahí con las manos cruzadas?... No veis que el sentimiento me ahoga la voz?... Ea, meneaos y obedeced, vosotros que estais exentos de un corazon sensible.

Catalina. Deteneos! Dios mio! qué vais á hacer!

Robinson. No lo habeis oido?... (*A los soldados.*) Apoderaos de ese temerario, que ha tenido la audacia de hacer armas contra su soberano.

Harry. (*Aparte.*) Qué infamia! Atropellar el rey su palabra de este modo!

Catalina. Oh! es imposible que el rey haya mandado eso! Piedad! piedad! perdon para mi pobre marido!

Robinson. Yo siento mucho que mi deber me obligue á tener que conducirme asi... con vuestro marido sobre todo; pero... ya os podeis figurar, amigo, (*A Harry.*) que yo lo hago por el bien del servicio.

Catalina. Infeliz de mí!

Robinson. No hay que abatirse. (*A los dos.*) Es preciso cumplir con lo que manda la ley... Con que, seguidnos vos, y procuraremos que se despache la cosa del modo mas agradable que sea posible.

Harry. (*Aparte.*) Y yo contaba con su palabra y buena fé!... Maldito de mí! Quién diablos me metia en...

Robinson. Ea, vamos, abrazarse, y despachemos. (*Catalina se arroja en brazos de Harry, y quiere seguirle. Los soldados los separan y se llevan á Harry. Catalina cae en un sillón. Las aldeanas la rodean, y procuran consolarla.*)

ESCENA XXI.

CATALINA. ALDEANAS.

Catalina. Infeliz de mí! cómo oponerse á la voluntad del rey!... Oh! es inicuo!... Denunciarle asi... hacerle sentenciar... Ahora le detesto con toda mi alma... Esta misma mañana he necesitado de toda mi razon para no amarlo... cada vez que dirigia mis miradas hácia su retrato... su retrato!... Oh! no debo tenerle ahí por mas tiempo insultando mi dolor... no, no! (*Corre á descolgarle y le vuel-*

ve contra la pared.) Pero qué he de hacer ahora?... Ah! correr á arrojarme á sus pies, pedirle la vida de Harry, de mi pobre marido.... Sí, sí... Vamos.

ESCENA XXII.

CATALINA. ALDEANAS. RANDOLPH.

Randolph. (Cortándola el paso y trayéndola aparte.) Deteneos... Conoceis la letra del rey?

Catalina. Sí.

Randolph. (Dándole una carta.) Leed.

Catalina. (Leyendo.) «No temais... y confiad en la promesa de Carlos...» Ah! qué quiere decir esto?

Randolph. Silencio, y obedeced... Aqui se acerca S. M.

ESCENA XXIII.

DICHOS. CARLOS, *seguido de muchos nobles; poco despues*

ROBINSON.

Carlos. (A su acompañamiento.) Sí, milores, quiero que desde aqui seamos testigos de la ejecucion de la sentencia... y tal vez cometamos un acto de justicia en escoger para presenciarla la propia casa del delincuente. (*Aparte.*) Hola! mi retrato ha desaparecido... (*Acercándose á la ventana, y abriéndola de par en par.*) Mirad, milores... mirad qué inmenso gentío se agolpa á la colina... Parece, así Dios me perdone, que todos los habitantes del condado han venido á asistir á la ejecucion. (*Es interrumpido por la salida de Harry, el cual viene vestido de corte y con los ojos vendados. Randolph, que le trae de la mano, se detiene y le deja suelto.*)

Harry. Se paran!... Qué!... hemos llegado ya! Ay! qué corto me ha parecido el camino para ir ahí arriba! Será efecto del miedo que tengo. Andan á mi alrededor!... Quién va?... Sois vosotros, vecinos? dadme la mano por última vez. (*Coge la mano del rey.*) Adios, amigo Bertran... perdonad el daño que os he hecho; no quiero que me... sin descargar la conciencia de diez y seis pies de tierra que me he apropiado de vuestra hacienda... pedid-

selos á la viuda... Cómo me tiembla la mano, es verdad? Sí... si viérais qué malo me pongo... Oh! buen chasco se van á llevar, porque me voy á caer muerto antes de que me... (*Carlos se aproxima y le quita la venda. Dando un grito.*) Ah!

Carlos. (*Con dignidad, y dirigiéndose á la ventana.*) Acercaos... desde aqui se vé perfectamente... Venid á poneros á mi lado.

Harry. Me he vuelto loco, ó es que ya no veo claro? (*Se acerca temblando.*)

Catalina. Qué intentará hacer?

Carlos. Mas cerca... eso es... Veis bien, no es verdad? (*Harry vuelve la cabeza.*) Hacia aqui... hacia la colina... No perdais un solo movimiento. (*Pausa. En seguida continúa con la mayor gravedad.*) Ese que veis al pie del caldalo, es un desgraciado, un insensato que ha tenido la audacia de amenazar de muerte al rey su señor, y ha apoyado el cañon de su carabina... aqui... contra mi pecho... Os estremeceis?... Sí, teneis razon, porque es un crimen horrible... El agresor va á recibir la merecida pena que afrenta y deshonra... En uso de nuestro derecho hemos perdonado la vida al delincuente, pero esa efígie que le representa lleva su nombre y sufrirá por él la sentencia. Desde hoy todos le conocerán en este pais con el nombre de Harry el ahorcado... Hé aqui la justicia de un Estuardo; qué decís de ella? (*A los lores.*) Pero ya es tiempo, milores, de que apartemos la vista de ese espectáculo... Un rey que castiga es facil de hallar, pero lo que no debe hallarse nunca es un rey que falta á su palabra. Teneis en vuestro poder un papel firmado de mi puño y letra... dádmele.

Harry. (*Presentándosele.*) Señor, confieso que me flaquean las piernas y se me anda la cabeza.

Carlos. Viuda del arrendador Harry, acercaos... (*Sonriéndose.*) Sois demasiado jóven y hermosa para que os condeneis á vivir retirada del mundo en este condado... y por lo tanto, quiero daros un marido.

Harry. Eh?

Catalina. Nunca, señor.

Carlos. Oh! no creais que es ningun campesino ni plebeyo... es un caballero de mi corte, y espero le permitireis que ponga á vuestros pies sus titulos y dignidades.

Catalina. No los quiero. (*Corriendo á Harry.*) Mi marido es este... el único, el verdadero... y no le suelto... ni es rico, ni noble, ni agraciado, es cierto... pero yo le quiero, y me gusta tal cual es.

Carlos. Y yo os mando...

Harry. (*De pronto, y muy de prisa.*) Qué?... Casar á mi muger en mi cara y en mis barbas?... Oh! eso ya es por demas... Señor, aquí me teneis dispuesto; mandad que me ahorquen de arriba abajo... ahora ya no me importa... al contrario, prefiero eso... me servirá de gusto... estoy rabiando porque me ahorquen. Pero no se dirá mientras yo viva que he consentido en que otro se lleve á mi muger... No, mas quiero ser ahorcado que... (*Deteniéndose cortado.*) Perdone V. M... no he acabado la frase...

Carlos. Mi resolución es invariable... Consentís vos en casaros con la viuda de Harry, duque de Cornouailles?

Todos. Qué oigo!

Carlos. Señor duque, qué os parece? Sabe cumplir su palabra el rey de Inglaterra?

Harry. Ah! Señor, yo pierdo la chaveta. (*Gritando y tirándole todo.*) Viva Carlos Estuardo! Muera Cromwell! Mueran los puritanos! Mueran los ahorcados!

Carlos. (*Cogiéndole aparte, y en voz baja.*) Basta, basta. Qué os parece el dia de hoy? He querido ver si estábais más sereno delante de la horca que yo delante de la carabina, y sé á qué atenerme...

Harry. Os juro que he tenido mas miedo que vos, señor.

Carlos. Solo me falta daros un consejo. Este pais es excelente, y vuestro castillo soberbio... Quedaos aquí con Catalina, y no vayais nunca á la corte... porque otra vez... á menos que no os diera la corona...

Harry. (*Con mucha gravedad, y como separándola con la mano.*) Señor, no la aceptaria... porque es la única hembra que dá mas cuidados que la muger... No es esto decir que yo esté descontento con la mia... al contrario... Ojalá todas las mugeres se la pareciesen, y apuesto á que los maridos daban por bien empleado un susto como el de Harry el ahorcado.

FIN DE LA COMEDIA.

DE
MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno **15**—Precio: **2** reales
(Contiene los pliegos 43 á 45)

ADMINISTRACIÓN .
LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO
calle de Preciados, número 23

MADRID

METHOD

OF THE

TEACHING OF

ARITHMETIC

IN THE

COMMON SCHOOLS

OF THE

UNITED STATES

BY

JOHN W. WOODRUFF

NEW YORK

1887